

ALBERTO JULIÁN PÉREZ, *LA POÉTICA DE RUBÉN DARÍO*.  
CRISIS POSROMÁNTICA Y MODELOS LITERARIOS MODERNISTAS  
Madrid: Orígenes, 1992.

LIDIA NEGHME ECHEVERRIA  
Universidade de São Paulo

Este libro, dividido en siete capítulos y un apéndice, ha de rellenar un vacío en la crítica del poeta Darío. Sabíamos, a través de la lectura, que algo le debería Rubén Darío al Romanticismo, como estética literaria. No obstante, parecía que algo impreciso quedaba desdibujado para los estudiosos de la poesía. Alberto Julián Pérez analiza, principalmente, la imagen poética y sus desdoblamientos: “El mundo evocado”, “Sujeto y objeto en el mundo evocado”, “El enunciado poético modernista”, “Percepción y musicalidad”, “Estética y voces líricas” para rematar el libro de manera feliz, aludiendo a un tema poco estudiado: “La obra romántica de Rubén Darío” (apéndice histórico-filológico). Y demostrará que la obra inicial del nicaragüense estuvo marcada por el Romanticismo Social de Hugo, como “modelo poético” por ser éste “un gran poeta romántico”, a pesar de que el autor cita en *Los raros* (1905) (obra ensayística que recoge imágenes de sus ancestrales poéticos), a Leconte de Lisle y no a Hugo, autor mencionado en una de las cartas de Juan Valera a Darío al enviarle éste su libro *Azul* (1888). Por tal motivo, casi todas las ediciones de esa obra las incluyen como prólogo hoy en día. Resulta interesante el notar que vanguardistas como Vicente Huidobro, que declaraba no seguir ninguna escuela, pues le importaba crear, adoptará parecida actitud al comenzar a escribir. En su libro *Pasando y pasando* (1914), declarará su admiración por los grandes poetas, es decir, por aquellos que fueron capaces de crear obras originales. Ello explica la defensa que hará toda su vida Huidobro, en relación a Darío, a quien consideraba un gran creador. Diríamos que se trata de una actitud muy próxima a las evaluaciones darianas, pues respetaba la originalidad de éste.

Apoyado en Pedro Henríquez - Ureña, Alberto Julián Pérez advertirá que hubo escritores de transición entre el Romanticismo y el Modernismo: González Prada, Zorrilla de San Martín, Icaza y Almafuerte. Rubén Darío sería “el factor subjetivo que transformó esa historia literaria” (p. 23). Para explicar ello, nos transportará a la sensibilidad finisecular post-romántica. Y así captaremos la misión del poeta como *artífice* “que trabaja lo elaborado por una tradición” (p. 33). Demuestra que en el manejo de temas medievales (“Sonatina”) plasma su propia visión de los objetos y describe sensorialmente a la princesa. Y es que ya no hay perspectiva heroica o ella ya no es necesaria. El lector modernista es diverso del romántico, además. Dicho de otro modo, la preocupación intelectual de Darío, y de los modernistas en general, agregaríamos nosotros, consistiría en recrear un arte “intertextual”. Antes que él, José Martí asimiló y divulgó, en los periódicos latinoamericanos, a escritores de lengua inglesa de la talla de Emerson, Whitman y Wilde, además de otros de origen francés y europeo en general. Algunos ensayistas han declarado que tal aspecto aproximaba a Martí y a Darío. ( Ver en el texto de Luis Monguió, que apareció inicialmente en *Revista Iberoamérica XXVII*, N° 53 de enero-junio, 1962, reproducido, además en la antología de Lily Litvak, ed. El modernismo. Madrid: Taurus, 1986, pp. 157 -169; “De la problemática

del modernismo: la crítica y el cosmopolitismo”). Y el ensayista demuestra fehacientemente esta preocupación importante. Así, habrá de reflejar el mundo de la cultura. Por ello, en Darío, así como ocurrirá posteriormente con el poeta Vicente Huidobro, la innovación se torna una preocupación y una conquista valedera. La visión de la mujer es revitalizada en los poemas darianos. El no evoca mujeres tan sólo idealizadas, les da carácter de personajes que arrancan de sus poemas y nos transportan hacia un mundo donde puede existir la maravilla o lo fantástico. Existe, como sabemos, el elemento sensual, el erotismo dariano, presente en el soneto dedicado “A Venus”, por ejemplo, en *Azul* y en tantos otros poemas que enmarcan la sensibilidad de los malditos. Según el autor, el núcleo dramático de lo poético se desplaza al yo en el soneto “Pegaso” de *Cantos de vida y esperanza* (pp.77-78). Ello le servirá para articular un personaje que busca alcanzar lo absoluto y esbozar una poética muy propia de la escritura dariana. El modernismo separa lo popular y lo culto, pues trabaja con imágenes mentales o intelectuales, sobre todo, símbolos, según Alberto Julián Pérez. Tal dicotomía podría ser considerada no aplicable a la poesía de José Martí, quien desde *El Ismaelillo* (1892) fue “sencilista” e hizo lo contrario. En sus poemas, lo popular es un dato presente y ello le confiere modernidad a los textos. Darío, según el ensayista, emplea imágenes - cliché (que pueden ser repetidas en diferentes contextos, el “cisne”), a veces. Idéntico procedimiento tendrá Vicente Huidobro en *Poemas árticos* (1918). En tal libro, las “golondrinas” servirán para connotar el carácter demiúrgico teorizado en algunos poemas, así como el “Pegaso” dariano connotaba el carácter divino del poeta, motivo que poseía origen romántico, según lo señalado por Mario Rodríguez Fernández. El citó a Raimundo Lida y a Pedro Salinas, al aludir a este motivo en “Pegaso”. ( Ver *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Universitaria, 1967, pp. 48-50 ). Por ello, Gerardo Diego, discípulo español de Huidobro, en la época de la vanguardia, retomará en *Imagen* (1918), configuraciones poéticas semejantes a las que el chileno elaboró en *Poemas árticos* con propósitos parecidos en “Gesta”, poema inicial del libro, antecedido por un epígrafe de Huidobro. Es decir, aludiendo a “golondrinas”, pondrá en evidencia la creación demiúrgica.

En síntesis, este ensayo sobre Darío le será útil a los estudiosos del Modernismo y de la Vanguardia principalmente, pues el autor supo conciliar conocimientos teóricos y articular una escritura agradable. Esto nos hace pensar que nosotros, como lectores, hemos sido los escogidos para repensar la época finisecular que deberíamos reconstruir para entender la poética de Darío. Lo único que podríamos echar de menos es el perfil de la figura noble del Presidente chileno Balmaceda y de su hijo, el infortunado A. de Gilbert, fino prosista del cual fue amigo. Se separaron y cuando éste murió, prematuramente, Darío escribirá un libro inmortalizándolo. Esto ha sido hecho por varios ensayistas: Fernando Alegría, Armando Donoso y Juan Loveluck, quien en la “Introducción” en la edición del centenario del poeta de *Azul*, hecha por Zig-Zag en 1967, por ejemplo, alude a la biblioteca de A. de Gilbert, a la amistad surgida entre ambos, apoyándose en el valioso libro de Armando Donoso, *Rubén Darío, obras de juventud*. Santiago de Chile: Nascimento, 1927. En él se reproducen las obras de A. de Gilbert, editadas por el propio Darío. Es una pena que ningún editor, en nuestros días, no haya reimpresso este libro tan importante, históricamente, para la comprensión de Rubén Darío durante su estadía en Chile.